

# LA CASA DE AZÚCAR

ALBERTO VAZQUEZ

*"Nos han dañado de importancia, pero todavía somos capaces de maniobrar". Spock al capitán Kirk.*

Raymond Carver (1939-1988)

## BREVE RESEÑA BIOGRAFICA

ALBERTO VAZQUEZ (Rentería, 1969) ha publicado dos libros de poemas: *Moscas y obras de arte* (Banco Central Hispano, Bilbao, 1994) y *La plancha de acero* (Bermingham editores, San Sebastián, 1995). Su obra poética ha sido reconocida en algunos de los más importantes certámenes literarios del País Vasco.

En 1994, la Diputación Foral de Gipuzkoa le otorga una Beca de Creación Literaria para escribir el libro "El ladrón de textos".

La casa de azúcar es un poema que pertenece a este libro.



1

La casa de azúcar es una casa para animales  
extremadamente lentos.  
Qué nadie se llame a engaño.  
Lo afirmo desde el primer momento.  
Animales extremadamente lentos.  
Quiero señalar, así mismo,  
que nada importan sus otras características.  
Es verdad que son fuertes,  
mucho más de lo que lo somos nosotros,  
e inteligentes.  
Se ha dado en decir que la inteligencia reside  
en la parte interna del cráneo.  
En lo que se refiere a los habitantes de la casa de azúcar,  
es falso.  
La inteligencia de estos animales reside  
en el esperma de los machos  
y vive en él de una manera aletargada  
que sólo despierta  
cuando huele la proximidad del óvulo de la hembra.  
Ya habréis adivinado que la inteligencia  
nace en el momento de la unión  
y que el placer o la felicidad son sentimientos secundarios.  
Son fuertes.  
Algunos machos pueden levantar varias veces  
su propio peso  
y transportarlo a distancias inimaginables  
para nosotros.  
Yo tengo serias dificultades para arrastrar  
durante unos metros  
la cuarta parte de mi peso.  
Son ágiles y rápidos en sus movimientos.  
Hasta tal punto que quiebran sus cuerpos articulados  
en el instante más inesperado  
y desaparecen raudos por los canales de la casa.  
Sus patas son hilos tan delgados que pueden  
coronar una gota de agua  
sin romperla.  
Pero, repito,  
son animales extremadamente lentos.  
Extremadamente lento es su pensamiento, su razón,  
su adaptación al devenir histórico.  
No viven en la anarquía, no.  
Poseen formas de gobierno atávicas  
cuyas jerarquías se transmiten a través de los genes  
de generación en generación.  
El gobierno es para ellos  
como ser bípedos o tener olfato para nosotros.  
Nacen y su primer instinto  
les conduce hacia una u otra jerarquía  
en la que servir de por vida a la casa.  
No han desarrollado filosofías ni teologías.  
No tienen dioses ni pensadores.  
Desconocen su propia historia  
porque cualquier instante de sus vidas es la historia.  
Siempre es el mismo instante.  
Son animales lentos para los que la historia no existe.

Si se les pregunta qué es el futuro,  
miran con extrañeza y regresan  
a sus quehaceres cotidianos.  
No necesitan una explicación para su existencia,  
no buscan interpretaciones.  
No lo hacen porque,  
y a diferencia de nosotros,  
son sabedores del sentido de sus vidas.  
Han venido para mantener en buen estado  
la casa de azúcar y,  
durante el período de tiempo que es sus vidas,  
alimentar las estructuras sociales que la sostienen  
y no permitir que nada ni nadie las perturbe.  
Todos ellos son el gobierno del país,  
todos ellos son los gobernados del país,  
ellos mismos son el país.

2

De la casa de azúcar  
puedo decir que tiene esencialmente cuatro límites  
y que, por establecer una referencia clarificadora,  
hago coincidir cada uno de ellos con cada uno de  
los cuatro puntos cardinales.  
De esta forma, al noroeste, al sureste,  
al nordeste y al suroeste  
sólo hay ángulos rectos.  
Digamos que es de metal.  
Dentro de los límites hay azúcar.  
Nada más que azúcar y animales.  
Una estructura montañosa de azúcar blanca hacia el norte  
y morena hacia el sur.  
El interior de las montañas está agujereado  
por infinidad de túneles  
y canales,  
de estancias y habitaciones.  
Este es el verdadero país,  
éste es el lugar donde residen los animales  
extremadamente lentos.  
La casa no tiene cielo visible,  
al menos a los ojos de los animales que la habitan,  
pero yo os digo que un recio cristal cubre la estructura  
y protege al país de la lluvia  
y a sus habitantes de los animales predadores  
que no han sido capaces de desarrollar u  
na civilización racional.  
Bajo el cristal, se ha creado una atmósfera hermética.  
El aire que ha quedado atrapado dentro es el único  
que los animales  
lentos pueden respirar  
y el día que se acaba finalizará también su civilización.  
Ellos no tienen conciencia de principio ni de final,  
nada saben del Tiempo ni de la Evolución,  
así que no les preocupa este hecho en absoluto.  
Su lema es:  
todo ha sido así siempre, desde siempre y por siempre.  
La cotidianeidad es su guarida.  
Este universo se sostiene en el aire sobre

cuatro columnas paralelas  
entre sí  
a un escaso metro del suelo  
en un lugar semiolvidado del parque.

3

Celebran el día de su fiesta nacional el nueve de abril.  
Engalan todo el país con diminutas banderitas tricolor  
y disparan salvas en honor de los muertos  
después de guardar un minuto de silencio  
por su memoria.  
Los veteranos saludan militarmente durante todo el ritual.  
Es difícil conseguir que las crías de los animales  
permanezcan quietas.  
Finalizada la ceremonia, recogen todas las banderas  
y engalanaduras  
y las guardan en una estancia alejada en los confines  
de la casa de azúcar.  
No conocen el calendario,  
no observan el cielo ni cuentan las lunas.  
No saben siquiera que existe el año próximo.  
Pero, lo he comprobado,  
no equivocan jamás el cálculo de la fecha de su día nacional  
y lo sitúan acertadamente incluso en los años bisiestos.

4

Se comen el azúcar.  
Además de respirar un aire limitado,  
se comen el azúcar.  
El apocalipsis de su país es cuestión de tiempo;  
sin embargo, persisten en su forma de gobierno  
transmitida genéticamente.  
Se lo he señalado con discreción en algunas  
de las conversaciones  
que mantenemos

pero, como desconocen el concepto de futuro,  
desvían la atención hacia terrenos más asequibles  
a su pensamiento.

Yo los miro y confío en que surjan, entre los  
de su propia estirpe,  
elementos disidentes que propicien cambios  
y revoluciones,  
aunque por ello deban de ser llamados degenerados.  
Son un pueblo lento  
donde un millón de generaciones  
evoluciona tanto como yo en un minuto de mi vida.  
Al principio, cuando los conocí en mi juventud,  
esta actitud me exasperaba.  
Yo era, por entonces, un joven lleno de inquietud  
e impaciencia  
y no era raro el día en el que daba por terminada  
nuestra conversación  
marchándome de allí a grandes zancadas  
con la cabeza sujeta entre las manos.  
Hoy, sin llegar a comprenderlos todavía,  
y mucho menos a defender sus actitudes,  
soy más tolerante con su forma de vida  
y la respeto y reflexiono a menudo sobre ella.  
Algunas veces les he preguntado si desean  
que levante unos centímetros el cristal  
para que pueda renovarse el aire de su atmósfera  
o si quieren que reponga con un par de libras de azúcar  
la parte que se han comido de su país  
pero siempre obtengo la misma respuesta:  
una mirada inquisidora y confundida a la vez.  
Yo, que como digo, trato de ser respetuoso  
con cualquier forma de vida  
y no entrometerme en el funcionamiento  
interno de otros países,  
declino, al final, emprender cualquier acción  
de aviso o ayuda,  
regreso por el sendero  
y me interno en mi propio país.

*Donostia-San Sebastián, 6 de junio de 1994,  
día del 50 aniversario del desembarco aliado en Normandía.*